

Sexismo Ambivalente

En la conceptualización del sexismo moderno recogida de los planteamientos hechos por Swin et al. (1995) y del Neosexismo de Tougas et al. (1995) se prima la dimensión social y con ello la consideración de los sexos como grupos homogéneos en conflicto. Esto supone asumir que la superación del sexismo vendrá dada por la superación de la asimetría social entre los sexos, es decir la igualdad objetivada en el ámbito público que supone superar las barreras que frenan el avance de la mujer. Estos presupuestos se desarrollan, como hemos visto, en sintonía con la forma de abordar las desigualdades provocadas por otros elementos de diferenciación como es la raza.

Sin embargo a diferencia de las categorizaciones hechas en función de la raza, etnia o cultura entre los que se puede asumir una clara independencia entre los miembros de los distintos colectivos, las relaciones entre sexos se encuentran necesariamente influidas también por relaciones de dependencia. Precisamente la compleja constelación de relaciones de dependencia e independencia hace de las relaciones entre sexos una realidad idiosincrática y singular con elementos no compatibles con los presentes en el resto de las relaciones intergrupales. Por tanto para maximizar la comprensión del sexismo moderno ha de reconocerse esta singularidad relacional entre los sexos. Esto supone reconocer que las actitudes hacia los sexos serán el resultado de estas fuerzas divergentes de independencia y autonomía en el contexto social con las fuerzas convergentes de dependencia y heteronomía en el ámbito relacional. Este reconocimiento ha propiciado el desarrollo de una nueva visión sobre el sexismo moderno.

La teoría del sexismo ambivalente de Glick y Fiske (1996) es la primera que reconoce la necesidad de ubicar en la comprensión del nuevo sexismo la dimensión relacional. Sexismo que se estructura a través de la presencia de dos elementos con cargas afectivas antagónicas: positivas y negativas (Glick y Fiske, 1996; 2000; 2001). Danto lugar a dos tipos de sexismo vinculados: sexismo hostil y sexismo benevolente.

El sexismo hostil (SH) sería el elemento que caracteriza a las mujeres como un grupo subordinado y legitima el control social que ejercen los hombres mediante actitudes tradicionales y prejuiciosas articuladas en torno a las siguientes ideas:

- un paternalismo dominador, entendiendo que las mujeres son más débiles e inferiores a los hombres, lo que legitima la figura dominante masculina.
- la diferenciación de género competitiva, o sea, considerar que las mujeres son diferentes a los varones y que no poseen las características necesarias para triunfar en el ámbito público, por lo que deben permanecer en el ámbito privado (para el que sí están preparadas)
- la hostilidad heterosexual, es decir, considerar que las mujeres tienen un "poder sexual" que las hace peligrosas y manipuladoras para los hombres.

Actualmente este tipo de sexismo está socialmente condenado, por lo que no es políticamente correcto expresar estas actitudes abiertamente. Sin embargo, el sexismo benévolo (SB) es mucho más sutil, y se define como el conjunto de actitudes interrelacionadas hacia las mujeres, que son sexistas en cuanto que las consideran de forma estereotipada y limitadas a ciertos roles, aunque pueden tener un tono afectivo, así como suscitar comportamientos típicamente categorizados como pro-sociales o de búsqueda de intimidad (Glick y Fiske, 1996, p. 491). Los componentes básicos del sexismo benévolo son:

- el paternalismo protector.
- la diferenciación de género complementaria, es decir, considerar que las mujeres tienen por naturaleza muchas características positivas que complementan características que tienen los varones.
- la intimidad heterosexual, o sea, considerar la dependencia diádica de los hombres respecto a las mujeres (dependen de ellas para criar a sus hijos/as, así como para satisfacer sus necesidades sexuales y reproductivas).

Este tipo de sexismo es peligroso en tanto que es sutil, pues si bien los sexistas hostiles son fácilmente identificables, los benévolos no lo son tanto, y nunca se reconocerán a sí mismos como sexistas, por lo que se podría estar legitimando el sexismo.

La dimensión más hostil del sexismo benévolo, comparte con el sexismo tradicional su tono afectivo negativo. Por su parte la dimensión más benevolente, que despliega un tono afectivo positivo, que no es en realidad algo nuevo, de hecho este se refleja en la ética de las religiones cristianas, de tan larga tradición en los países más occidentales. En éstas se transmite la visión de las mujeres como débiles criaturas que han de ser protegidas y al mismo tiempo colocadas en un pedestal en el que se adoran sus roles naturales de madre y esposa, de los que no debe extralimitarse. En un reciente estudio se comprobó como las personas más religiosas son precisamente las que se adscriben a actitudes más benevolentes (Glick, Lameiras y Rodríguez, en prensa). Pero sigue siendo sexismo, a pesar de los sentimientos positivos que pueda tener el perceptor, porque descansa en la dominación tradicional del varón y tiene aspectos comunes con el sexismo hostil: las mujeres están mejor en ciertos roles y espacios y son más débiles. De hecho, el SB puede ser incluso más perjudicial que el hostil, pues puede utilizarse para compensar o legitimar el SH y, dado que el sexista hostil no suele considerarse a sí mismo sexista, la intervención en contra de esta forma de sexismo puede presentar dificultades añadidas (Glick y Fiske, 1996).

El sexismo hostil y el benévolo son una potente combinación que promueve la subordinación de las mujeres, actuando como un sistema articulado de recompensas y de castigos para que las mujeres sepan "cuál es su sitio". La hostilidad sola crearía resentimiento y rebelión por parte de las mujeres. Es obvio que los hombres no desean ganarse la antipatía de las mujeres, dado que dependen de ellas. El sexismo benévolo debilita la resistencia de las mujeres ante el patriarcado, ofreciéndoles las recompensas de protección, idealización y afecto para aquellas

mujeres que acepten sus roles tradicionales y satisfagan las necesidades de los hombres. En definitiva, los dos tipos de sexismo han de estar positivamente correlacionados, tal y como la evidencia empírica ha puesto de manifiesto (Expósito, Moya y Glick, 1998; Glick y Fiske, 1996; Glick y Fiske, 2001).

Ambos hunden sus raíces en las condiciones biológicas y sociales comunes a todos los grupos humanos donde, por una parte, los hombres poseen el control estructural de las instituciones económicas, legales y políticas pero, por otra parte, la reproducción sexual proporciona a las mujeres poder diádico (esto es, el poder que procede de la dependencia en las relaciones entre dos personas), en cuanto que los hombres dependen de las mujeres para criar a sus hijos y, generalmente, para la satisfacción de sus necesidades afectivo-sexuales. El poder diádico de la mujer se refleja en casi todas las sociedades en ciertas formas de ideología: actitudes protectoras hacia las mujeres, reverencia por su rol como esposas y madres y una idealización de las mujeres como objetos amorosos. La dominación de los hombres favorece el SH, dado que los grupos dominantes inevitablemente promueven estereotipos sobre su propia superioridad. Pero la dependencia de los hombres favorece el SB: esta dependencia les lleva a reconocer que las mujeres son un recurso valioso que hay que proteger y que hay que ofrecer afecto a aquellas mujeres que satisfacen sus necesidades (Moya, Páez, Glick, Fernández Sedano, Poeschl, 2001).

Por tanto lo realmente novedoso de la teoría propuesta por Glick y Kiske (1996, 2001) es la combinación indisociable de las formas hostiles y benevolentes de las actitudes hacia las mujeres que representarían las formas de sexismo más modernas y que conforman el sexismo ambivalente. Que brota del reconocimiento de la dimensión relacional-dependiente entre los sexos como eje articulador.

Para desarrollar Glick y Fiske (1996, 2001) esta teoría del sexismo ambivalente recurren a la posición teórica de la ambivalencia propuesta por Katz (1981) y Katz y Hass (1988). La ambivalencia en términos generales se define como el resultado de albergar valores que son contradictorios o bien conflictivos entre sí. Estos autores afirman que esto es lo que les sucede a muchas personas en Estados Unidos. Por una parte, valoran muy positivamente el igualitarismo como la base de los principios democráticos. Pero por otra parte, sobrevaloran el individualismo que constituye un reflejo de los principios de la ética protestante. Estos valores de igualitarismo e individualismo pueden entrar en conflicto, sobre todo a la hora de regular la expresión de los prejuicios raciales. Si estas personas se adhieren al igualitarismo, les llevaría a mostrar simpatía hacia los afroamericanos y además reconocerían públicamente que se les ha subordinado y humillado a lo largo de la historia. Pero la adhesión al individualismo les llevaría a la dirección contraria. Katz y Hass (1988) afirman que el choque entre los valores de igualitarismo e individualismo produce en una persona una dualidad actitudinal, que puede traducirse en actitudes positivas o en actitudes negativas. Además la ambivalencia actitudinal genera un malestar psicológico, ya que las personas buscan activamente la consistencia (Festinger, 1957).

Siguiendo esta línea argumentar Glick y Fiske (1996) parten de que la ambivalencia sexista se origina en la influencia simultánea de dos tipos de creencias sexistas porque son dos constructos subjetivamente vinculados a sentimientos opuestos hacia las mujeres. Aunque sin experimentar conflicto ya que según Glick et al. (1997) el sexismo ambivalente es capaz de reconciliar las creencias sexistas hostiles y las benevolentes sin sentimientos conflictivos y, esto lo sugiere la alta correlación entre sexismo hostil y benevolente (Glick y Fiske, 1996). La forma en que se evitan los conflictos entre actitudes positivas y negativas hacia las mujeres es clasificándolas en subgrupos. Uno de mujeres buenas y otro de mujeres malas, en los que se incluyen aspectos positivos y negativos del sexismo ambivalente. Las primeras merecen un tratamiento hostil y las segundas merecen ser tratadas con benevolencia. Por tanto establecer subtipos polarizados de mujeres, unas colocadas en un pedestal y otras arrojadas a la cuneta (Travis y Wade, 1984) se convierte en fructífera estrategia para evitar los sentimientos conflictivos. Utilizar categorías automáticas, basadas en pistas como la apariencia física o los roles sociales, guía las reacciones ante cada mujer. Por tanto en vez de experimentar tensión emocional, vulnerabilidad y conflicto, se clasifica a cada mujer en función de los estereotipos que cree que la definen y se actúa en consecuencia.

De hecho Glick y Fiske (1997) comprueban que los hombres establecen tres tipos de grupos de mujeres: las tradicionales, las no tradicionales y las *sexys*. Las mujeres que representan el rol de amas de casa, las mujeres profesionales que se desarrollan también en el espacio público, no exclusivamente el privado y finalmente las *sexys*. Los hombres sexistas temen al grupo de mujeres no tradicionales porque retan su poder; así como a las mujeres denominadas *sexys*, porque temen que ellas con su poder de seducción junto con el interés de los hombres por el sexo, les arrebaten también su poder. Estas mujeres son definidas como peligrosas, tentadoras y sensuales, y los hombres sexistas suelen mantener actitudes hostiles hacia ellas.

Todo ello nos lleva a establecer que con el sexismo ambivalente, los hombres pueden mantener una consistencia actitudinal que implica despreciar a algunas mujeres y amar a otras. El sexismo hostil se aplica como un castigo a las mujeres no tradicionales como mujeres profesionales y feministas porque estas mujeres cambian los roles de género tradicionales y las relaciones de poder entre hombres y mujeres. Mientras que el sexismo benevolente es una recompensa a las mujeres que cumplen los roles tradicionales porque estas mujeres aceptan la supremacía masculina. Por consiguiente el sexismo hostil y el sexismo benevolente actúan como un sistema articulado de recompensas y castigos con la finalidad de que las mujeres sepan cual es su posición en la sociedad (Rudman y Glick, 2001).

Esto ha llevado a Glick y Fiske (1996, 2001) a preguntarse si el sexismo hostil se dirige hacia un grupo determinado de mujeres y el sexismo benevolente hacia otro grupo. Estos autores razonan esta afirmación planteando que es posible que a nivel ideológico pueda resultar fácil a los hombres categorizar a las mujeres en subgrupos, favorables o desfavorables, pero cuando se valora a mujeres concretas esto es más complicado, especialmente cuando existe una vinculación afectiva con ella. Evidenciando que el sexismo hostil y sexismo benevolente conviven, por ejemplo en las actitudes hacia una hermana que se ha convertido en feminista o

una pareja a la que inicialmente recompensa con el sexismo benevolente y finalmente castiga con el hostil si ésta lo rechaza (Glick y Fiske, 2001).

Fundamentos del Sexismo ambivalente

Las actitudes hacia las mujeres hostiles y benevolentes tienen un origen ancestral, ya que ambos tipos de actitudes están claramente evidenciadas en la mitología griega, y concretamente Glick y Fiske las sitúan en el poema épico La Odisea de Homero compuesto hace tres mil años. Este poema narra el regreso del héroe griego Ulises (o también llamado Odiseo) de la guerra de Troya. El relato abarca sus diez años de viajes hasta reunirse con su amada esposa Penélope, que se presenta como el ideal griego de feminidad hermosa, inteligente y complaciente; así como pilar de la casa, prudente, fiel y subordinada al marido. Hasta que Ulises no pudo reunirse con ella, estaba incompleto. A su vez, Penélope necesitaba la protección de su marido frente a los pretendientes que le surgieron durante su larga ausencia. Los componentes del sexismo benevolente se manifiestan en el relato con una Penélope integrada en el rol doméstico y marital que necesita el cuidado y protección de su esposo.

Por otra parte, algunos de los obstáculos que retrasaron el regreso de Ulises con su esposa, se manifiestan en el poema en forma de mujer, de sirenas que intentaron atraparlo. Circe una hechicera, que usó su belleza para tentar a la tripulación de Ulises e intentar detener a su tripulación y destronarlo. En esta parte en donde se manifiesta el sexismo hostil, que considera que las mujeres usan sus encantos y su sensualidad para rebatir el poder de los hombres.

Así que tanto el sexismo hostil como el sexismo benevolente tienen sus raíces en las condiciones biológicas y sociales que son comunes a todos los grupos humanos. Y giran en consecuencia en torno al poder social, la identidad de género y la sexualidad, y se articulan en torno a tres componentes comunes: El paternalismo, la diferenciación de género y la heterosexualidad. Cada componente refleja una serie de creencias en las que la ambivalencia a las mujeres es inherente, ya que presenta un componente hostil y otro benévolo (Glick y Fiske, 1996, 1999, 2000).

El paternalismo es la forma en la que un padre se comporta con sus hijos/as, por un lado les aporta afecto y protección y por el otro el padre es el que manda sobre sus hijos/as. Esta concepción está íntimamente relacionada con la visión ambivalente del sexismo, porque incluye dos dimensiones: el paternalismo protector y el paternalismo dominador. El sexismo se materializa por un lado en un paternalismo dominador que desencadena el sexismo hostil, donde se asienta la estructura del patriarcado que legitima la superioridad de la figura masculina. Y ve a las mujeres como seres incapaces, incompetentes y también las perciben como peligrosas debido a que intentan arrebatar el poder de los hombres. Por otro lado el sexismo también se materializa en un paternalismo protector que desencadena el sexismo benevolente, y que los hombres aplican a las mujeres que desempeñan roles tradicionales, ya que las consideran como criaturas débiles y frágiles a las que hay que colocar en un pedestal y protegerlas. El paternalismo protector puede coexistir con su complementario dominador

porque los hombres dependen del poder diádico de las mujeres como esposas, madres y objetos románticos. Así las mujeres tienen que ser amadas, acariciadas y protegidas ya que su debilidad requiere que los hombres cumplan con su papel protector y de sustento económico (Glick y Fiske, 1996).

Brehm (1992) establece que en las relaciones heterosexuales, el paternalismo dominador es la norma. Así en matrimonios tradicionales tanto el hombre como la mujer están de acuerdo en que el hombre es el que debe ejercer la mayor autoridad y a su vez proveer y proteger el hogar con una esposa que depende de él para mantener su estatus económico y social. Carés (2001) sugiere que las mujeres además de aceptar este paternalismo, son las encargadas de transmitir los valores patriarcales y de salvaguardarlos, es decir, se espera que las mujeres no sólo se sometan al patriarcado sino que se conviertan en agentes de difusión de esta ideología sexista.

El segundo componente en el que subyace el sexismo hostil y benevolente es la diferenciación de género (Glick y Fiske, 1996). Todas las culturas usan las diferencias biológicas (físicas) entre sexos como base para hacer distinciones sociales que supone la asignación de valores, cualidades y normas en función del sexo al que pertenecemos. Al igual que en el paternalismo, en la diferenciación de género también nos encontramos con las dos caras del sexismo: por un lado está la diferenciación de género competitiva y por el otro la diferenciación de género complementaria. La diferenciación de género competitiva se presenta como una justificación sobre el poder estructural masculino, ya que considera que solamente los hombres poseen los rasgos necesarios para poseer el poder y gobernar las instituciones socio-económicas y políticas. A su vez, también afirman que las mujeres al ser diferentes de los hombres, como por ejemplo al tener en cuenta su mayor debilidad, no cuentan con las características, ni con la capacidad necesaria para poder gobernar y que por tanto su ámbito de actuación quedaría limitado a la familia y al hogar.

Por otro lado los hombres son conscientes del poder diádico de las mujeres que les hace depender de ellas. Este poder hace que los hombres reconozcan que las mujeres tienen características positivas (Eagly y Mladinic, 1993) que complementan a las suyas. Esto es lo que constituye la diferenciación de género complementaria. Para el sexista benevolente las características de las mujeres complementan las características de los hombres, mientras que para el sexista hostil determinadas características de las mujeres como la sensibilidad, las coloca en un plano inferior y las hacen incompetentes para ejercer el poder.

Finalmente Glick y Fiske (1996) sitúan en la heterosexualidad a uno de los más poderosos orígenes de la ambivalencia de las actitudes de los hombres hacia las mujeres. Berscheid y Peplau (1983) afirman que las relaciones románticas heterosexuales son definidas por hombres y por mujeres como uno de los principales factores para llegar a tener una vida feliz. Al igual que los anteriores componentes, la heterosexualidad tiene dos vertientes una es la intimidad heterosexual y la otra es la hostilidad heterosexual. Glick y Fiske (1996) establecen que la motivación sexual de los hombres hacia las mujeres puede estar unida a un deseo de proximidad (intimidad heterosexual) lo que alimenta el sexismo benevolente. Pero las

relaciones románticas entre hombres y mujeres suponen a veces una amenaza para las mujeres. Ya que la agresión masculina, en culturas que promueven las desigualdades de género (Bohner y Schwarz, 1996) y la amenaza a la violencia sexual, han sido popularmente caracterizadas como unas medidas por las cuales los hombres controlan a las mujeres para mantener las desigualdades. La dependencia diádica de los hombres respecto a las mujeres crea una situación inusual en la que los miembros del grupo dominante son dependientes de los miembros del grupo subordinado, alimentando el sexismo hostil. Así las mujeres por medio del sexo tienen el poder para satisfacer el deseo de los hombres en su intimidad heterosexual.

La dimensión “real” del sexismo ambivalente

Las formulaciones teóricas relativas al sexismo más moderno en su concreción ambivalente encuentran apoyo empírico. Así los estudios confirman la existencia de un sexismo ambivalente, resultado de la combinación de dos tipos de sexismo: sexismo hostil y sexismo benevolente, piedra angular de la teoría formulada por Glick y Fiske (1996). Y esta confirmación empírica, inicialmente aportada por los propios autores es posteriormente reafirmada en investigaciones paralelas (Eckes y Six, 1999; Mladinic et al., 1998; Expósito et al., 1998). Si reconocemos que el sexismo ambivalente hacia las mujeres, tanto en su vertiente hostil como benevolente mantiene a la mujer en un lugar asimétrico y jerárquicamente inferior al del hombre, es esperable que sean ellos los que se adscriban a tales actitudes en mayor medida. Lo que confirman sistemáticamente los estudios llevados a cabo hasta la fecha dentro (Lameiras, Rodríguez y Sotelo, 2001; Moya y Expósito, 2000) y fuera de nuestras fronteras (Glick y Fiske, 1996; Glick et al., 2000; Masser y Abrams, 1999, Eckehamar, Akrami y Araya, 2000). Convirtiéndose, como cabría esperar, en la principal variable independiente a estudio.

Junto a estos planteamientos surge otra importante cuestión a debate, esta es en qué medida el sexismo ambivalente, constituido por ideologías sexistas complementarias, es el fruto de la emancipación que las mujeres han experimentado en las sociedades más industrializadas o por el contrario se reproduce en todas las culturas. A esta cuestión se intenta dar respuesta a través del estudio transcultural de Glick et al. (2000), con una muestra de 15.000 hombres y mujeres de 19 naciones de los cinco continentes, entre ellas España. Los resultados de este macro estudio confirman la presencia del componente hostil-negativo y benevolente-positivo en las actitudes elicadas hacia las mujeres en todas las culturas estudiadas. Resultados que también confirmó en un estudio con 1639 estudiantes universitarios/as de seis países iberoamericanos (Lameiras y Rodríguez, 2002).

Sin embargo aunque son los hombres en todas las culturas estudiadas los que manifiestan un mayor sexismo hacia las mujeres, estas no están exentas de este tipo de actitudes. Especialmente del sexismo benevolente que al estar asociado a un tono afectivo positivo y enmascarar su verdadera esencia sexista, es más fácilmente asumido incluso por las propias mujeres. De hecho en países como Cuba, Nigeria, Suráfrica y Botswana las mujeres son más sexistas benevolentes (Glick et al., 2000). Los argumentos de los autores para explicar estos resultados afianzan la idea de que el sexismo benevolente podría actuar como una estrategia de autodefensa en aquellos casos en los que la mujer se encuentra en un contexto con un

elevado sexismo hostil, en los que las mujeres tendrían un gran incentivo para aceptar el sexismo benevolente y ganar la protección y la afectividad de los hombres. Lo que parece, sin duda, paradójico ya que las mujeres buscarían protección precisamente de los miembros del grupo del que reciben las amenazas y opresiones. Pero reafirma la compleja relación de dependencia-independencia que caracteriza a los sexos.

A pesar de los resultados que confirman que el sexismo ambivalente es un ideología que parece pervivir en todas las culturas otra interesante cuestión es la de determinar hasta qué punto el arraigo de las actitudes sexistas está asociado al nivel de desarrollo de un país. Esta cuestión es indiscutiblemente relevante ya que si la evolución de la ideología sexista está, como cabría esperar, condicionada por el desarrollo del país, una de las principales consecuencias de esto será promover todas aquellas acciones que contribuyan a dicho desarrollo y contribuir con ello a superar los estereotipos sexistas. Aunque con las limitaciones que impone el no disponer de muestras representativas a nivel nacional en el estudio transcultural del que hemos hablado de Glick et al. (2000) se comprueba que las puntuaciones tanto de sexismo hostil como benevolente correlacionan negativamente con los indicadores sociales a nivel nacional de igualdad de género, entre los que se encuentran el porcentaje del salario de la mujer con respecto al del hombre en puestos similares, el porcentaje de mujeres en puestos ejecutivos y políticos, el número de hijos por mujer o el porcentaje de población universitaria. De modo que las ideologías sexistas reflejan las desigualdades sociales entre sexos. Esto supone que en los países con un mayor índice de desarrollo humano son en los que se asumen en menor medida los estereotipos tradicionales para los sexos.

Estos resultados se confirman también en la muestra de países iberoamericanos (Lameiras et al., 2002), en el que se comprueba además que esta relación es incluso más marcada para los chicos. De hecho en un reciente estudio (Glick, Lameiras y Rodríguez, en prensa) se comprueba que el nivel de estudios correlaciona significativamente con la adscripción a actitudes sexistas, de tal modo que a mayor instrucción menor sexismo, tanto en su vertiente hostil como benevolente.

La importancia que el progreso social tiene en la elicitación de actitudes menos sexistas hacia las mujeres nos lleva a plantearnos otra interesante cuestión: ¿en qué medida los cambios sociales se reflejan en las actitudes de toda la población a estudio, o por el contrario éstas están también determinadas por el propio período evolutivo en el que se encuentra el sujeto?. Para dar respuesta a esta cuestión se llevo a cabo un estudio (Lameiras y Rodríguez, en prensa) con una muestra de 1003 sujetos elegidos aleatoriamente de la comunidad gallega entre las franjas de edad de 18 y 65 años. Los resultados de este estudio confirman que son el colectivo de personas mayores de 42 años los que muestran actitudes más sexistas tanto en la vertiente hostil como benevolente hacia las mujeres y lo que es más interesante todavía a partir de esta edad desaparecen las diferencias entre sexos. La explicación a estos resultados la podemos encontrar en la realidad socioeconómica que ha caracterizado a España con los cambios que se inician en la década de los 60, en sintonía a los que se producen en el resto de Europa, y en algunos países de forma más marcada todavía.

Estos argumentos relativos al progreso social sugieren que en consecuencia será la población más joven, aquella situada en la franja de edad entre 18-22 años, la que presente actitudes significativamente menos sexistas.

Pero los datos muestran que las actitudes sexistas disminuyen, o no se incrementan, desde los 18 hasta los 42, en un proceso más claro para las mujeres que para los hombres, dando lugar a un proceso más de u invertida que lineal ascendente como cabria esperar. Esto nos lleva a plantearnos en qué medida, y especialmente en relación al sexismo benevolente, su sutileza constituye una hábil trampa a la que sucumben incluso las mujeres autodescribiéndose a actitudes benevolentes e incluso hostiles. De hecho en el estudio previo con una población de adolescentes escolarizados en enseñanza secundaria obligatoria comprobamos que sus actitudes sexistas son incluso mayores que las asumidas por el colectivo de 18-22 años (Lameiras, Rodríguez y Sotelo, 2001). Reafirmando el proceso de u invertida entre la población más joven (entre 12-16 años) y la de más edad entrevistada (65 años).

Esto impone la necesidad de incorporar junto a la explicación que viene dada de los cambios sociales acaecidos en los últimos cuarenta años en España a favor del progreso socio-económico, también cambios a nivel evolutivo. Que nos deben hacer pensar en qué medida el sistema educativo, familiar y social siguen transmitiendo una visión estereotipada de los sexos del que se impregnan los y las más jóvenes desde un posicionamiento acrítico y que la entrada en la madurez y especialmente la incorporación a responsabilidades profesionales y familiares llevan especialmente a las mujeres a ser consciente del sexismo implícito tanto en el trato hostil como benevolente que reciben.